

CLAVIGERO Y LA HISTORIA DE LA CONQUISTA DE MÉXICO DE SOLÍS

Beatriz de Alba-Koch
University of Victoria

CLAVIGERO Y LA DISPUTA DEL NUEVO MUNDO

La expulsión de la Compañía de Jesús de los territorios de la Monarquía Hispánica en 1767 transformaría al jesuita novohispano Francisco Javier Clavigero (1731-1787), no solo en el historiador de mayor importancia de la Ilustración novohispana, sino en uno de los mejores exponentes del patriotismo criollo¹. Desde su exilio en Bolognia, ciudad en la cual se instaló al año de la expulsión y donde habría de permanecer hasta su muerte, Clavigero se avocó a un proyecto de gran envergadura. En el contexto intelectual de la llamada «disputa del Nuevo Mundo», Clavigero revisó y reescribió la historia natural y moral de su patria para refutar a los ‘ilustrados’ detractores de América. El resultado de esta labor es su magistral *Historia antigua de México*, traducida al italiano por el autor mismo, y publicada en Cesena entre 1780 y 1781 bajo el título de *Storia Antica del México*. Esta obra marcó un importante hito en la polémica que se había desatado sobre la naturaleza de América². A lo largo de la extensa narración que constituye la *Historia* propiamente dicha, y de las diez disertaciones que cierran y apuntalan esta obra, Clavigero se

¹ Ver Brading, 1991, pp. 450-462 y Alba-Koch. Escribimos el apellido de Clavigero como él lo prefería.

² Ver Gerbi, 1993, pp. 245-265 y Cañizares-Esguerra, 2004, pp. 234-249.

In/En: *St Francis Xavier and the Jesuit Missionary Enterprise. Assimilations between Cultures / San Francisco Javier y la empresa misionera jesuita. Asimilaciones entre culturas*, ed. Ignacio Arellano y Carlos Mata Induráin, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2012 (BIADIG, Biblioteca Áurea Digital-Publicaciones digitales del GRISO), pp. 33-45. ISBN: 978-84-8081-338-9.

taciones que cierran y apuntalan esta obra, Clavigero se enfrenta a eruditos franceses como George-Louis Leclerc, conde de Bufón (1707-1788) y al ábate Guillaume-Thomas François Raynal (1713-1793), así como al historiador real y rector de la Universidad de Edimburgo William Robertson (1721-1793) y al holandés Cornelis de Pauw (1739-1799), un clérigo renegado que formaba parte del círculo intelectual de Federico el Grande y que, al decir de Clavigero, tenía un «odio implacable [...] a los eclesiásticos de la Iglesia romana, y sobre todo a los jesuitas» (*Historia antigua*, p. 513). Todos estos historiadores, naturalistas y filósofos, sin jamás haber pisado suelo americano, certificaban la pobreza e insalubridad del Nuevo Mundo, la degeneración y pequeñez de su flora y su fauna, así como las incapacidades de todo género de sus habitantes. En el amplio temario de sus disertaciones, a veces exasperado, a veces satírico, Clavigero contesta estas «bufonadas» (*Historia antigua*, p. 422) de los destructores de América y, en especial, las de de Pauw. «He escogido la obra de Paw», explica Clavigero, «porque, como en una sentina o albañal, ha recogido todas las inmundicias, esto es, todos los errores de todos los demás. Si parecen un poco fuertes mis expresiones es porque no hay que usar dulzura con un hombre que injuria a todo el Nuevo Mundo y a las personas más respetables del Antiguo» (*Historia antigua*, p. 423).

Clavigero ofrece este «ligerito bosquejo» del «monstruoso retrato» que sobre América había publicado de Pauw:

Los hombres apenas se diferenciaban de las bestias si no es en la figura; pero aun en ésta se descubren muchas señales de su degeneración. Son brutos y débiles y están sujetos a muchas enfermedades extravagantes, causadas por el clima insalubre. Pero aun siendo así sus cuerpos, todavía son más imperfectas sus almas. Carecen de memoria al punto que hoy no recuerdan lo que hicieron ayer. No saben reflexionar ni ordenar sus ideas, ni son capaces de mejorarlas, ni aun de pensar, porque en sus cerebros solo circulan humores gruesos y viciosos. Su voluntad es insensible a los estímulos del amor y de cualquier otra pasión. Su pereza los tiene sumergidos en la vida salvaje. Su cobardía se manifestó en la conquista.

Sus vicios morales corresponden a estos defectos físicos. La embriaguez, la mentira y la sodomía eran comunes en las islas, México y el Perú y en todo el Nuevo Continente. Vivían sin leyes. Las pocas artes que conocían eran muy groseras. La agricultura estaba entre ellos enteramen-

ramente abandonada, su arquitectura muy mezquina y más imperfectos todavía sus instrumentos. En todo el Nuevo Mundo no había más que dos ciudades: Cuzco en la América meridional y México en la septentrional, y estas dos no eran más que dos miserables aldeas (*Historia antigua*, pp. 422-423).

Ante este panorama injurioso, Clavigero articula su defensa del continente americano, y en especial de los antiguos mexicanos, a base de una admirable profusión de datos. Los errores que corrige atañen a la geografía, la flora, la fauna y el origen de los primeros pobladores americanos, así como a la constitución física y la capacidad intelectual tanto de los antiguos mexicanos como de los indígenas contemporáneos con los que él convivió largamente antes de la expulsión. Se expone en lo que concierne a la cultura de los antiguos mexicanos, particularmente su religión, comparándola favorablemente con la de otros pueblos de la antigüedad.

LA CONQUISTA DE MÉXICO

Una de las piezas centrales de la refutación de Clavigero que, a pesar de su importancia, no ha recibido prácticamente atención alguna, es su narración de la conquista de México. Mientras Clavigero ocupa un centenar de páginas para cubrir ocho siglos de historia política del antiguo Anáhuac, requiere un veinticinco por ciento más de páginas para relatar la invasión española en el continente que, en escasos cuatro años, culmina en la caída de Tenochtitlán. Esta primacía dada por Clavigero a la conquista de México, en una obra dedicada a los antiguos mexicanos, es debida a que el jesuita considera este evento como «el trastorno general de un mundo entero, que es sin disputa el más raro y notable suceso que se lee en la historia humana» (*Historia antigua*, p. 141). La toma de Tenochtitlán, sin embargo, fue solo el comienzo de la expansión española que tardaría más de dos siglos en conformar el territorio de la Nueva España; los jesuitas mismos, al momento de su expulsión, se ocupaban de la evangelización o «conquista espiritual» de la Baja California. No obstante, para cuando escribe Clavigero, era ya un lugar común en la historiografía de la conquista de México circunscribir el evento a la derrota del llamado «Imperio azteca». El jesuita no se aleja de esta norma, limitándose al breve periodo que se inicia con la primera expedición a las costas de México por Francisco Hernández de

Córdoba en 1517, y que termina con el triunfo de Hernán Cortés y sus aliados el 13 de agosto de 1521, día en que fue capturado Cuauhtémoc y rendida su ciudad.

La narrativa de la conquista de México, en tanto subgénero histórico, fue iniciada por el mismo Cortés, quien reporta a Carlos V los eventos *in medias res*. Para 1522 llegan a los lectores sus *Cartas de relación*, a las cuales siguieron otras narraciones conformando el nutrido corpus sobre ese tema que hoy poseemos. La versión de Cortés fue contestada, apoyada o ampliada por otros soldados-partícipes, así como por frailes y clérigos y uno que otro cronista de profesión. Ya sea que los autores fuesen peninsulares, criollos, mestizos o indígenas, que escribieran en español o en náhuatl, los eventos se narraron, y se volvieron a narrar, aunque algunos de estos textos permanecieron en la oscuridad por muchos años al no ser publicados en su momento.

Al revisar los eventos que llevaron a la caída de Tenochtitlán, Clavigero no solo refuta las inexactitudes de los eruditos ‘ilustrados’, que veían en ella la evidencia de la cobardía de los mexicanos, sino las inexactitudes de viejo cuño hispano como las divulgadas por el poeta, dramaturgo y cronista real de Indias Antonio de Solís y Rivadeneira en su famosa *Historia de la conquista de México* de 1684. La obra de Solís tenía ya un siglo de circulación para cuando escribe Clavigero y seguía siendo muy leída a pesar de sus inexactitudes, o tal vez gracias a ellas; constituía, de hecho, la versión más respetada.

LA *Historia* DE SOLÍS

Pocas narraciones de la conquista tuvieron el impacto y la difusión de la obra de Solís. Aunque podría pensarse que para la época en que escribió este cronista real el tema estaba agotado, el hecho es que a doscientos cincuenta años de los eventos seguía habiendo mucho interés por el asunto. El que la obra de Solís fue muy leída lo acreditan las múltiples reediciones que de ella se hicieron en español, así como sus traducciones a diversos idiomas. Solamente entre 1691 y 1692 se publicaron siete ediciones de la traducción al francés, pero hubo también traducciones y reimpresiones al inglés, al alemán, al italiano y al danés. La popularidad de la obra fue tal que entre 1751 y 1799 se publicaron quince ediciones castellanas y en el siglo XIX vieron la luz treinta y dos ediciones en castellano³. Además, el impac-

³ O’Gorman, 1996, pp. xxxiv-xxxvi.

to de la historia de Solís no se limitó al mundo de las letras; las ilustraciones que engalanaron sus ediciones dejaron huella en las artes novohispanas⁴.

Un factor que contribuyó al éxito de Solís es el clasicismo con el que el cronista real dota a las figuras de su historia. Este revestimiento clásico transforma a los pueblos indígenas en grupos más compatibles con la mentalidad europea y Clavigero no desdeñará hablar, al igual que lo hace Solís, de senados y cónsules para describir la organización político-militar de los mexicanos y la de los tlaxcaltecas, aliados de los españoles. Dicha terminología, sin embargo, aunque enaltecía a los conquistados, terminaba dando mayor realce a los conquistadores y, en última instancia, servía para proclamar la superioridad española. Esta estrategia no era nueva; había ya sido admirablemente puesta en práctica por Alonso de Ercilla en *La Araucana* (1569-1589), el gran poema épico de la conquista de lo que hoy es Chile. A su modo, el neoplatonismo de los *Comentarios reales* (1609) del Inca Garcilaso de la Vega opera de manera similar al hacer del Tawantinsuyo la etapa necesaria para la aclimatación del cristianismo. La historia del Perú, afirma Solís, es presentada en sus mejores términos por el Inca, al grado de considerar «ambicioso al que intentase mejorarle» (*Historia de la conquista*, p. 27). Sin embargo, al parecer de Solís, hacía falta un texto del mismo calibre para la conquista de México. Y fue eso precisamente lo que el cronista real se propuso hacer, si bien hoy las historias literarias, con justa razón, no colocan a Solís en el mismo plano que al Inca.

HERNÁN CORTÉS

La elegancia de la historia de Solís, ampliamente reconocida desde el primer momento, sin duda contribuyó al éxito de su escrito, aunque, a la larga, esa tersura llegó a ser severamente criticada, juzgándose que al autor le importó más limar su texto que apegarse a los hechos que presentaba. Clavigero considera a Solís como «pulidísimo e ingenioso español», aunque juzga que su obra «parece más un panegírico que una historia» porque «[s]u lenguaje es puro y elegante, pero el estilo algo afectado, las sentencias muy buscadas y las arengas compuestas a su arbitrio. Como no buscaba tanto la verdad como la hermosura, contradice con frecuencia a los autores más dignos de fe,

⁴ Ver Cuadriello, 1999, pp. 56, 83, 91-92.

y al mismo Hernán Cortés, cuyo panegírico emprendía» (ver *Historia antigua*, p. xxxi). El excesivo protagonismo atribuido a Cortés tampoco era nuevo; Solís sigue en ello a Francisco López de Gómara, quién en su *Historia de la conquista de México* de 1552 resalta la importancia del Capitán General a costa de oscurecer los méritos de sus hombres. Esta falta de objetividad en la obra de Solís se ha justificado como producto de la época en la que escribía este historiador, una en la que había plena conciencia de la decadencia del Imperio español. La labor del cronista oficial de Indias era entonces más propagandística que crítica ya que debía dar el muy necesitado lustre a la expansión imperial, al tiempo que contrarrestaba la Leyenda Negra. A este fin Solís se sirve bien de su pluma de dramaturgo: los antiguos mexicanos, lejos de ser mansas ovejas como insiste Bartolomé de las Casas en su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, cobran vida como nobles aguerridos, mientras que la figura de Cortés se convierte en la «encarnación viva del caballero cristiano de la Contra Reforma»⁵.

Clavigero reprueba que se exageren los méritos de Cortés, pero también rechaza las invectivas contra él publicadas tanto por Robertson y de Pauw como por Las Casas, quien afirma que durante la masacre de Cholula el Capitán General cantaba coplas (*Brevísima relación*, p. 108). En una de sus múltiples notas de pie de página, Clavigero sopesa la evidencia sobre los controversiales eventos en Cholula, y dice al respecto de Cortés:

No soy panegirista de este conquistador para encubrir sus defectos; pero soy historiador para no acriminarlo contra verdad y justicia, y soy cristiano para no creer tan grandes maldades de un individuo de mi especie sin graves fundamentos. Describo el suceso de Cholula como lo hallo en los historiadores más sinceros que estuvieron presentes o se informaron, así de los antiguos españoles como de los indios (*Historia antigua*, p. 327, nota 36).

Es claro aquí que tanto su oficio de historiador como su fe orientan el método usado para llegar a la verdad de los hechos y lograr una escritura digna de la confianza de sus lectores. Proponiéndose hacer una apreciación justa de los méritos y defectos de Cortés, Clavigero afirma:

⁵ O’Gorman, 1996, p. xiii.

Yo no quiero hacer la apología de este conquistador, ni puedo sufrir el panegírico, pero cualquier hombre imparcial y bien instruido en las acciones militares de aquél, deberá confesar que en valor, constancia y prudencia militar puede competir con los más famosos generales, y que tuvo aquella especie de heroísmo que reconocemos en los Alejandro y en los Césares, en quienes se alaba la magnanimidad a pesar de los vicios con que estaban manchados (*Historia antigua*, p. 520).

El jesuita, entonces, logra presentar los eventos de la conquista con mayor precisión gracias a un cuidadoso cotejo de fuentes tanto indígenas como hispanas. Como resultado, las acciones de los conquistadores y sus aliados, así como la de sus enemigos, son presentadas conforme a la lógica interna de cada grupo y el heroísmo se observa de lado y lado. Así, del mismo modo en que Clavijero admira la determinación de Cortés de barrenar las naves (*Historia antigua*, p. 312), elogia los discursos de honor de Cacamatzin, el rey de Acolhuacán, que considera indignante la claudicación de Moctezuma (*Historia antigua*, pp. 348-349), y reconoce los hechos de armas del «célebre tlaltelolca», Tzilacatzin, enemigo de los españoles (*Historia antigua*, p. 403).

TRASLADO DEL IMPERIO

Otro recurso que Clavijero adopta con el mismo fin justificativo que lo hace Solís, es la noción de *translatio imperii*, aunque el jesuita le da algunos matices distintos. Ambos convergen en señalar al Capitán General como figura clave de este suceso. La afirmación de que Moctezuma, al verse prisionero, transfirió su poder a Cortés, en tanto que representante de Carlos V, fue una importante herramienta retórica con la que se legitimó la conquista de México. Permitía, por un lado, refutar que el éxito de la empresa, como lo sugerían algunos, se debió a la debilidad y cobardía de los indígenas. Al mismo tiempo, presentaba la campaña militar de los españoles como justo castigo a la rebelión contra la cabeza del Sacro Imperio Romano, habiendo Moctezuma reconocido a Carlos V como autoridad suprema a partir de esta inicial transferencia. Dicho traslado de poder aparece por primera vez en la segunda carta de Cortés, sin que este utilice el término en latín, ni se explaye en el significado del encuentro entre los dos hombres de mando (*Cartas*, pp. 210-211). Cortés reporta que la llegada de él y sus hombres representaba para Moctezuma el cum-

plimiento de las profecías en las que creían los antiguos mexicanos. El que éstos creyeran que un día los verdaderos señores del Anáhuac llegarían de donde sale el sol, no solo legitimaba la presencia de los extranjeros, sino que justificaba la claudicación de Moctezuma.

Tanto Solís como Clavigero ofrecen versiones más extensas del famoso encuentro entre Cortés y Moctezuma que lo que al respecto informa escuetamente el Capitán General, y tanto el jesuita como el dramaturgo enmarcan su relato con distinto énfasis. El preámbulo de Solís, a diferencia de lo dicho por el mismo Cortés, enfatiza la pobreza del entorno en que han sido alojados los españoles. Al afirmar que los *petates*, o esteras de paja, formaban todo el mobiliario, Solís aprovecha para insertar comentarios desdeñosos hacia los indígenas:

[N]o alcanzaban ahí mejor cama los príncipes más regalados, ni cuidaba mucho aquella gente de su comodidad, porque vivían a la naturaleza, contentándose con los remedios de la necesidad; y no sabemos si se debe llamar felicidad en aquellos bárbaros esa ignorancia de las superfluidades (*Historia de la conquista*, p. 160).

En contraste, Clavigero prefiere subrayar la riqueza y liberalidad de los mexicanos. Cuidadoso lector de los textos cortesianos, Clavigero menciona los presentes ofrecidos por Moctezuma a Cortés, que fueron «muchas joyas de oro y de plata, varias piezas curiosas de pluma y de 5 a 6.000 vestidos finísimos de algodón» (*Historia antigua*, p. 356). Más importante, empero, es el reproche con el que el jesuita cierra su recuento del *translatio imperii*. Clavigero lo califica de «[f]eliz principio» pero lamenta que podría haber asegurado a los españoles «la pacífica posesión de aquella vasta monarquía, si su conducta se hubiera dirigido más por la prudencia que por el valor» (*Historia antigua*, p. 337). Con estas palabras Clavigero recrimina a los españoles la violencia que desataron con la matanza del Templo Mayor y la consecuente sangrienta huida de Tenochtitlán, la llamada «Noche triste», así como el posterior devastador sitio de la capital.

Al presentar el profetizado traslado de poder, Cortés indica solamente que la profecía provenía de antiguas escrituras, mientras que tanto Solís como Clavigero mencionan específicamente al dios Quetzalcóatl por su nombre; es claro que ambos historiadores se ocuparon de leer las posteriores informaciones sobre las creencias indígenas recolectadas por los frailes. El gran conocedor del mundo mexicano,

el franciscano Bernardino de Sahagún (1499-1590), discute la importancia de este dios en el *Códice Florentino* de 1577, publicado posteriormente como la *Historia general de las cosas de Nueva España*. Sin embargo, Sahagún no menciona a Quetzalcóatl en la versión de la conquista que ofrece en el Libro doce de su obra (*Historia general*, vol. 2, p. 834). Es muy posible que sea el dominico Diego Durán (1537-1588), autor del *Códice Durán* o *Historia de las Indias de Nueva España*, quien esté al origen de la importancia de Quetzalcóatl en las narraciones de la conquista⁶.

Al igual que Cortés, Solís y Clavigero ofrecen las palabras de Moctezuma en discurso directo, pero tanto el cronista real como el jesuita añaden otros elementos al pasaje del conquistador. Llama la atención que mientras el Moctezuma de Cortés no dice que entre los mexicanos se ha creído que los españoles sean dioses, el Moctezuma de Solís dice que sí lo han creído inicialmente y luego habla de «desengaño de la imaginación» al darse cuenta de que los españoles no son realmente deidades (*Historia de la conquista*, p. 161). Solís añade al discurso de su Moctezuma que el desconcierto producido por los caballos y las armas de fuego había contribuido a su engaño, pero que ahora sabe que los caballos no son más que unos venados grandes y los arcabuces una especie de cerbatana (*Historia de la conquista*, p. 161). Clavigero, en contraste, se enfoca en la parte del discurso de Moctezuma donde el *tlatoni* desmiente que él mismo sea un dios y su palacio esté hecho de oro, culpando a los rebeldes totonacas y huexotzincas de difundir este rumor (*Historia antigua*, pp. 336-337). Contrasta también que Solís presente la profecía de Quetzalcóatl enfatizando el aspecto correctivo que tendría la conquista. Dice el Moctezuma de Solís:

Por una profecía suya, que veneramos como verdad infalible, y por la tradición de los siglos, que se conserva en nuestros anales, sabemos que salió de esta región a conquistar nuevas tierras hacia la parte del Oriente, y dejó prometido que andando el tiempo vendrían sus descendientes a moderar nuestras leyes, o poner en razón nuestro gobierno (*Historia de la conquista*, p. 161).

El Moctezuma de Clavigero, por su parte, no habla de moderación de leyes ni de mejorar el gobierno. Dice en cambio:

⁶ Ver Lafaye, 1985, pp. 236-237.

Según las señales que hemos visto en el cielo y lo que hemos observado en vosotros, parece haber llegado ya el tiempo de cumplirse los oráculos de nuestros mayores de que vendrían de la parte del oriente hombres de diferente traje y costumbre que deberían ser señores de toda esta tierra (*Historia antigua*, p. 337).

Pero, a la postre, Clavijero no desdeñará totalmente el aspecto correctivo que Solís introduce en su historia.

TRIUNFALISMO Y PROVIDENCIALISMO

El triunfalismo cortesiano con el que Solís cierra su narración de la conquista de México no podía ser más opuesto al funesto providencialismo que marca el último párrafo que Clavijero dedica al tema. Tras cerca de tres meses de sitio, la devastada Tenochtitlán se rinde al ser capturado Cuauhtémoc. Solís, quien había alabado tanto el aspecto físico como moral de este joven *tlatoani*, subrayando su blancura que lo hacía parecer, dice, «extranjero entre los de su nación», e insistiendo en su «fiereza interior [...] que aun estando afligido no acababa de perder la majestad» (*Historia de la conquista*, p. 352), silencia que Cortés condescendió a que le quemaran los pies para descubrir el paradero del tesoro real, infructuosa tortura que solo resultó en el tullimiento del monarca. Solís tampoco considera pertinente indicar, como sí lo hace Clavijero en una nota de pie de página (*Historia antigua*, p. 417, nota 46), que cuatro años después Cortés mandó ahorcar a Cuauhtémoc, muerte injusta y afrentosa que, según lo reporta el testigo de los eventos, Bernal Díaz del Castillo en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, los mismos hombres de Cortés reprobaron (*Historia verdadera*, p. 523). Admitir estas y otras atrocidades, que ni Bernal ni el mismo Cortés encubren, vendría a deslucir el triunfo y opacar la imagen que Solís quiere dar de su héroe. Conforme a su propósito triunfalista, las últimas palabras de Solís son éstas:

[S]e formó en breve tiempo aquella gran monarquía que mereció el nombre de Nueva España, debiendo el Máximo Emperador Carlos V a Fernando Cortés no menos que otra corona digna de sus reales sienes. ¡Admirable conquista, y muchas veces ilustre capitán!, de aquellos que

producen tarde los siglos y tienen raros ejemplos en la historia (Solís, *Historia de la conquista*, p. 353).

La razón de Estado se impone aquí sobre las complejidades de la historia y el Cortés de Solís —admirable, ilustre, raro— que ha duplicado las dimensiones del imperio duplica en su retórica la grandeza del emperador.

Muy diferente, en cambio, es el sombrío final de Clavigero. La figura de Cortés ha quedado elidida y la suerte de los mexicanos se explica en términos de justicia divina. Escribe Clavigero:

Los mexicanos, con todas las demás naciones que ayudaron a su ruina, quedaron, a pesar de las cristianas y prudentes leyes de los Monarcas Católicos, abandonadas a la miseria, la opresión y al desprecio, no solamente de los españoles sino aun de los más viles esclavos africanos y de sus infames descendientes, vengando Dios en la miserable posteridad de aquellas naciones la crueldad, la injusticia y la superstición de sus mayores. Funesto ejemplo de la Justicia Divina y de la inestabilidad de los reinos de la tierra (*Historia antigua*, pp. 417-418).

Este contundente cierre es, sin lugar a dudas, uno de los pasajes más problemáticos de la historiografía de la conquista de México y uno donde claramente se observan las contradicciones del pensamiento de Clavigero. A pesar de todo el cuidado con el que rehabilita a los antiguos mexicanos, refutando el racismo de los ilustrados europeos, su explicación última de la conquista no lo lleva a admirar el nuevo orden. A diferencia de Solís, que felizmente cumplió con su cometido de ensalzar la expansión imperial y sus agentes, el jesuita debió de tener poco cariño por aquel imperio que lo desterró de su patria. Solamente su religiosidad habría de servirle de guía para explicar eventos tan desestabilizadores como la expulsión de su orden, que le tocó vivir en carne propia, o la conquista de México, que estudia con la ventaja de la mirada retrospectiva.

La manera en que Clavigero afronta el destino de los jesuitas y de su orden es un útil marco de referencia para entender el triste final que dibuja para los antiguos mexicanos. En un sermón escrito por Clavigero en febrero de 1773, dirigido «a sus hermanos exiliados en Bolonia en vísperas de la supresión de la Compañía de Jesús» («Sermón», p. 2), el futuro historiador recurre a la sumisión a la Providencia:

Reflexionemos atentamente en la presencia divina que si la Compañía se acaba es porque Dios, su autor y fin, ya no quiere usar de ella: acaso querrá excitar en su lugar otra religión más perfecta, que le sirva con mayor fervor y promueva con más ventajas los intereses de su gloria. Si el amor que profesamos a la Compañía es, como debe ser, bien ordenado, debemos prontamente sacrificarlo a la voluntad del Señor, adorando y respetando los inefables secretos de su Providencia («Sermón», p. 5).

Para Clavigero, la situación que enfrentaba su orden puede entenderse razonando que tal vez Dios vio en ella imperfecciones y tibiezas. Los secretos de la Providencia, concluye, no solo deben aceptarse, sino adorarse. Una resignación similar pesa sobre el cierre de su narración de la conquista y lo lleva a proyectar la suerte de los sobrevivientes del sitio de Tenochtitlán sobre todos los indígenas de la Nueva España por más de dos siglos y medio. El jesuita, expatriado y condolido por la disolución de su orden, parece vivir en carne propia la suerte de los mexicanos.

Aunque menos famoso que cualquiera de los *philosophes*, y en algunos ambientes académicos aun hoy desconocido, Clavigero se perfila como más ilustrado que cualquiera de los eruditos europeos a los cuales rebatió. Mientras que sus contrincantes se dejan llevar por el racismo y la ignorancia, Clavigero se apega a explicaciones racionales y científicas en lo tocante a la historia natural y moral de América. En ese sentido, el jesuita es el verdadero exponente de la Ilustración. En cuanto a la conquista de México, la presentación de Clavigero es más objetiva y fundamentada que la ofrecida no solo por Solís, sino por todos los historiadores que lo antecedieron. La centralidad de la Providencia en su narración de la conquista, sin embargo, lo marca como representante del Iluminismo católico. Escribiendo el cierre de su obra más como jesuita expulso que como historiador, Clavigero condena no solo a los antiguos mexicanos, sino a todos sus descendientes, como castigo por sus supersticiones. Esta desconcertante visión de una Providencia justiciera cuyos designios deben aceptarse, si bien revela el pensamiento más íntimo del autor, ayuda a explicar por qué esta narración de la conquista de México ha permanecido en el silencio.

BIBLIOGRAFÍA

- Alba-Koch, B. de, «For Love of Patria: Locating Self and Nation in Clavigero's Rendition of the Conquest of México», en *Jesuit Accounts of the Colonial Americas: Textualities, Intellectual Disputes, Intellectual Transfers*, ed. M.-A. Bernier y C. Donato, Toronto, University of Toronto Press, en prensa.
- Brading, D. A., *The First America: The Spanish Monarchy, Creole Patriots and the Liberal State, 1492-1867*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.
- Cañizares-Esguerra, J., *How to Write the History of the New World: Historiographies, Epistemologies, and Identities in the Eighteenth-Century Atlantic World*, Stanford, Stanford University Press, 2004.
- Casas, B. de las, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* [1552], ed. A. Saint-Lu, Madrid, Cátedra, 1999.
- Clavigero [Clavijero], F. J., *Historia antigua de México* [1780-1781], ed. M. Cuevas, México, Porrúa, 1987.
- «Sermón», *Artes de México*, 92, 2008, suplemento *Alebrije*, pp. 2-8.
- Cortés, H., *Cartas de relación* [1522], ed. A. Delgado Gómez, Madrid, Castalia, 1993.
- Cuadriello, J., «El origen del reino y la configuración de su empresa: episodios y alegorías de triunfo y fundación», en *Los pinceles de la historia: El origen del Reino de la Nueva España, 1680-1750*, ed. J. Cuadriello, México, MUNAL / CONACULTA / INBA, 1999, pp. 50-107.
- Díaz del Castillo, B., *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* [1632], ed. C. Sáenz de Santa María, Madrid, Instituto Fernández González de Oviedo, 1982.
- Lafaye, J., *Quetzalcóatl y Guadalupe: La formación de la conciencia nacional en México*, trad. I. Vitale y F. López Vidarte, México, FCE, 1985 [1974].
- Gerbi, A., *La disputa del Nuevo Mundo: Historia de una polémica, 1750-1900*, trad. A. Alatorre, México, FCE, 1993 [1992].
- O'Gorman, E., «Prólogo» a A. de Solís y Rivadeneira, *Historia de la conquista de México*, México, Porrúa, 1996, pp. ix-xxxix.
- Sahagún, B. de, *Historia general de las cosas de Nueva España* [1829], ed. A. López Austin y J. García Quintana, Madrid, Alianza, 1995 [1988]. 2 vols.
- Solís y Rivadeneira, A. de, *Historia de la conquista de México* [1684], ed. E. O'Gorman, México, Porrúa, 1996.